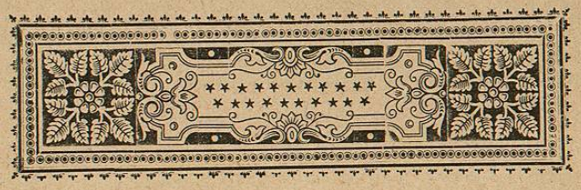

CAPITULO IX

LOS LIRIOS BLANCOS

I

Atrás se dijo ya cómo, apenas instalada la Comunidad de descalzas en la ruinosa casa de los estudiantes, había partido nuestra santa fundadora para Alba de Tormes, donde la llamaba su hermana Juana Ahumada por cartas á que acompañaban otras de los señores que deseaban un convento del Carmelo en aquella villa.

Eran éstos el contador de los duques de Alba, Francisco Velázquez, y su esposa Doña Teresa Láiz, que manifestaban tales anhelos y hacían tan vivas instancias que la santa Madre no se atrevió á demorar el cumplimiento de sus deseos. No le agradaba, sin embargo, el pueblo por ser muy pobre y tener precisión de aceptar renta, lo cual la hacía sufrir extremadamente, y hubo de consultarlo con el P. Báñez, el cual le aconsejó tomar lo que de tan buena voluntad le ofrecían;

pues aunque el convento tuviese renta, desde que las religiosas no poseían nada en particular siempre serían pobres, y por lo tanto perfectas. Pareció bien la opinión á Teresa de Jesús, y determinó fundar como querían, toda vez que en Alba era imposible vivir de limosna.

Pero no quiero pasar de aquí sin dedicar algunas palabras á la noble señora que se valía de su amistad con la esposa de Juan Ovalle para inclinar á la santa Madre á realizar el más tierno deseo que puede formar un corazón verdaderamente cristiano.

II

Alta, esbelta, magnífica, con grandes ojos azul obscuro, rubia y abundante cabellera, cuyas trenzas parecían tener reflejos de oro; amable con dignidad, elegante sin pretensiones, religiosa y humilde, como de sus sentimientos y esmerada educación podía esperarse, se ofrecía la esposa del Contador. Había en su frente una serenidad que recordaba las más hermosas mañanas de primavera; en los ojos una vaga expresión de melancólica dulzura, y en el conjunto del semblante un atractivo singular, en que se mezclaba la inocencia de la infancia á la severa modestia de la perfecta dama española.

Hija de padres tan hidalgos que era proverbial la limpieza de su sangre, vivían, por no corresponder la fortuna á sus títulos de nobleza, en Tordillos, lugar situado dos leguas de Salamanca. Cuando Teresa nació; cuatro hermanas la habían precedido; y los padres, deseosos de

un varón que con sus hechos esclareciera y aumentara lo ilustre de la casa, recibieron gran enojo al ver que la recién nacida pertenecía al sexo de las anteriores; así, después de bautizarla sin fausto alguno, la entregaron para su crianza á una mujer mercenaria, sin demostrar el menor interés por ella.

Sucedió un día, á los tres ó cuatro de su nacimiento, que la mujer hubo de salir y detenerse en sus quehaceres más de lo que pensaba; de suerte que hasta la noche quedó la pobre criatura sola y olvidada en el cuarto de la sirvienta. Cuando ésta volvió después de oraciones, y vió la puerta como la dejó al salir, comprendió lo que había pasado; y temerosa que la niña estuviese muerta (pues era su voz harto débil para que se oyera lejos de la estancia donde se hallaba colocada la cuna), loca de remordimientos y de pena alborotó la casa con sus gritos, é hizo acudir á todos, mientras ella con mano trémula levantaba las gasas que cubrían á la niña.

Esta parecía dormir, y la mujer la cogió para estrecharla á su pecho y colmarla de apasionadas caricias, mientras exclamaba, temblando de cólera por la cruel indiferencia de la familia:

—*Como mi hi a, ¿vos no sois cristiana?*

Entonces sucedió una cosa extraña: aquellos tiernos labios se entreabrieron, y la recién nacida respondió con voz leve como un suspiro, pero bastante clara para ser oída de todos:

—*Sí lo soy.* (*Fundaciones*, cap. XX, número 3.)

Un grito de general asombro respondió á esta afirmación; todos miraban á la criatura con te-

mor respetuoso, y presagiaban que estaba elegida por Dios para altos destinos. Informados sus padres de lo acaecido, le tomaron desde entonces tanto amor como despego tuvieron con ella al nacer.

Claro está que, después de aquel prodigio, la naturaleza siguió su curso y la niña no volvió á pronunciar palabra hasta la edad en que suelen hablar todos.

III

Creció la hija de Diego Láiz bella y lozana como los capullos de Abril; y aunque adorada de su familia, tan humilde que jamás abusó de la ternura que inspiraba; más adornada de virtudes que de timbres de nobleza, cumplió los años de poder tomar estado, y no se le advertía inclinación alguna: piadosa, vigilante, tan olvidada de cuidados como si nunca debiera tenerlos, hallaba todas sus delicias en la oración y en los ejercicios de caridad. Despertaba su hermosura la afición de los galanes más apuestos; pero era tal su recato y honestidad, que refrenaba los impulsos de sus admiradores, quienes, si se atrevían á pensar en ella, no osaban manifestarlo.

Un día le presentaron sus padres á Francisco Velázquez, que por su mucha virtud y holgada posición en casa de los duques de Alba ofrecía partido conveniente; la doncella se sintió inclinada á él por su carácter grave y la franca honradez que retrataba su expresivo semblante.

La franca mirada de los ojos azules de Teresa no tuvo por qué evitar aquella otra modesta

y pensadora, que unió sus almas por un lazo de mutua simpatía.

Poco tiempo después, cubiertas las mejillas de cristiano rubor, la hija de Láiz entregaba al pie de los altares su mano, en señal de matrimonio, al elegido de sus padres y de su inocente corazón.

Si la felicidad puede existir en la tierra, seguramente reinó largos años en el hogar de Velázquez; mas como los goces de la vida suelen estar siempre mezclados con el acíbar de los deseos imposibles, la falta de sucesión empezó á amargar la dicha de los esposos, y llegó en breve á causarles profundas tristezas. Veíanse jóvenes, respetados, con nobleza y fortuna, y ansiaban tener herederos de estos bienes. Doña Teresa en particular era la más afligida, y multiplicaba oraciones, limosnas y penitencias para lograr tal favor; encomendábase muy de veras al apóstol San Andrés, que le habían dicho ser abogado de tal necesidad; mas aunque ayudaba sus plegarias con todos los auxilios de la ciencia y cuantos remedios aconseja la credulidad del pueblo, no lograba el consuelo apetecido; y como quien vive en el descanso de la opulencia tiene más tiempo de pensar y sentir en el bello ideal ambicionado que el pobre lleno de trabajos, la vida de la esposa de Velázquez llegó á ser la más triste y desolada que podía sufrirse.

IV

Afligida una noche por el tormento moral que padecía, y después de haber orado largo tiempo, rendida á sus pesares cerró los ojos y cayó en un estado que no era sueño ni vigilia, durante el cual llevó el Señor su misericordia hasta consolarla por medio de misteriosa visión.

Vióse en una casa grande y destartalada, por la cual andaba sola; reparaba con asombro los altos muros y sus estrechas ventanas, cubiertas de menudas celosías; marchaba á la ventura, cuando llegó á un corredor descubierto, con baranda, en la cual se apoyó y admiró á sus pies un patio anchísimo que formaba como prado de verdura y mucha suavidad. Pero le causó mayor asombro ver cómo entre la hierba, mecida blandamente por la brisa, brotaban de trecho en trecho unas flores blancas hermosísimas, á manera de lirios de belleza indescriptible é inefable; el perfume de aquellas flores embalsamaba de tal modo el ambiente, que la esposa del Contador creyó estar en el Cielo según la tranquilidad de espíritu que gozaba, la cual no había experimentado desde los dichosos días de su juventud.

Al dirigir sus miradas á todos lados, vió en uno de los ángulos del patio un pozo con ancho brocal de piedra, y de pie, junto á él, un venerable anciano de hermosa presencia, cuyo semblante irradiaba vivísimo resplandor; convenía de tal modo aquella aparición á la idea que Teresa tenía formada del glorioso apóstol San Andrés, que no

dudó un momento ser el mismo, y más confirmó este pensamiento al oirle decir gravemente, señalando los blancos lirios que esmaltaban el misterioso prado:

—Otros hijos son éstos de los que tú quieres. (*Fundaciones*, cap. XX, núm. 5.)

Los apresurados latidos del corazón despertaron á la dama; abrió los ojos y se halló en tinieblas, pues la moribunda luz de su lámpara de noche apenas esparcía un rayo luminoso en la obscuridad de la alcoba; pero tan fijo quedó en su memoria aquel sueño ó visión, que no volvieron á atormentarla los deseos de ser madre.

¡Y, sin embargo, éstos eran tan disculpables cuanto que sólo consistían en que después de su muerte hubiera sangre de su sangre y vida de su vida que alabara á Dios y le amara para siempre.

V

Pasó algún tiempo, y Velázquez, llamado por el duque de Alba, marchó contento porque dejaba á su esposa tan cambiada que había recobrado la tranquilidad perdida; y como creyó que la ausencia iba á ser corta, no quiso molestarla haciéndola viajar; mas al llegar á la villa vió que sus nuevos cargos le obligaban á establecerse allí, por lo que compró casa y escribió á Teresa para que dejara la de Salamanca y viniera á reunirse con él.

Era la dama complaciente y humilde como pocas mujeres, y, sin embargo, resistió cuanto pudo este cambio de domicilio; bien hallada en la ciudad, aborrecía el pueblo, y aun conserva-